

RESEÑAS DE LIBROS

El internacionalismo "moderno". La economía internacional y las mentiras de la competitividad, de Paul Krugman, Barcelona: edición castellana de Crítica, 1997, 176 pp.

"Hay sin duda cierta ironía en la posición en la que me encuentro, representando el papel de defensor de la teoría económica civilizada frente a los intelectuales bárbaros. Mi propia reputación como investigador de la economía había estado basada en gran parte en mi papel dentro del desarrollo de la llamada "nueva teoría del comercio internacional", que puso en jaque algunos aspectos significativos del paradigma teórico que prevalecía a finales de los setenta".

Con estas palabras, Paul Krugman, aún asombrado por su auto-designación como defensor de los fundamentos económicos criticados por su propia investigación de vanguardia e indignado por la amplia difusión de las ridículas ideas de sus rivales, nos introduce en su libro, presentándonos su legítimamente combativo propósito: exponer ante un público no especializado por qué el énfasis puesto en la lucha competitiva internacional por un heterogéneo grupo de periodistas, economistas, funcionarios y políticos durante los noventa, es absurdo, contraproducente y por lo tanto peligroso. Denominándola con el término de "internacionalismo moderno" (o como suena mejor, en inglés, *pop internationalism*), esta doctrina, tal como lo diagnostica el autor, sostiene, equivocadamente, que los países se comportan como empresas que "compiten" en los mercados mundiales por la colocación de sus productos. En lo que constituye una novedosa y extraña forma de mercantilismo, el internacionalismo moderno sugiere que la prosperidad de una nación depende de sus victorias en una lucha comercial que se asemeja a un juego de suma cero. Las consecuencias de quedarse relegado en este contexto son, de acuerdo con la delirante doctrina, la pérdida de empleos fabriles, el avance de las importaciones de manufacturas, la fuga de capital y la desindustrialización nacional. Luego, no debe sorprender que los abanderados de estas ideas defiendan una política industrial agresiva basada en la estrecha asociación entre el Estado y las empresas, orientada a proteger y fomentar los sectores de alto valor agregado capaces de crear empleo.

Ahora bien, Krugman detecta que la preocupación de estos alarmistas durante los noventa se trasladó desde el análisis de las supuestas colisiones comerciales que experimentarían las potencias en el futuro, hacia las advertencias en torno del peligro que corre el nivel de vida de los trabajadores del mundo desarrollado, ante los avances de la exportación tercermundista de bienes intensivos en mano de obra. Tal circunstancia, como se aprecia en el libro, no le dificulta la labor de destruir el frágil edificio conceptual de sus contendores (sí es que siquiera existe). Todo lo contrario, permite al economista norteamericano lucirse empleando lecciones magistrales de economía internacional elemental, para refutar los alegatos de los defensores del "internacionalismo moderno". Así, Krugman dejará en claro, durante varios capítulos del libro, que la doctrina "internacionalista" está equivocada, tanto en el ámbito empírico-cuantitativo como en el conceptual. En lo referente al primero, Krugman demuestra que hechos como la real disminución en el empleo fabril en Estados Unidos, no pueden ser atribuidos a un aumento masivo de las importaciones desde el exterior porque, como las estadísticas lo revelan, este ha sido irrisorio. En realidad, como queda claro en el libro, los patrones de salarios, empleo y estructura industrial en Estados Unidos tienen que ver muy poco con su relativamente pequeño comercio internacional. Sin embargo, las aclaraciones conceptuales de Krugman son las más valiosas, en la medida en que permiten comprender las fallas más profundas del sistema "internacionalista", al margen de la importancia de los aspectos cuantitativos que, por constituir casos particulares, podrían cambiar en el futuro. Aun más, el frente conceptual de Krugman destaca por su enorme amplitud. Por ejemplo, encumbra la productividad nacional y a sus determinantes (la innovación tecnológica, la acumulación de capital físico y humano) como las fuentes últimas del crecimiento y la prosperidad. Asimismo, para restarle importancia a la lucha entre titanes comerciales (tipo Estados Unidos y Japón), demuestra que los países no pueden mantener perpetuamente desbalances en su comercio bilateral y, para alejar los temores del masivo aumento de exportaciones basadas en la mano de obra barata proveniente de países en desarrollo, no solamente ridiculiza a quienes creen que estos países podrían obtener simultáneamente superávit comerciales y entradas de capital procedentes de los países desarrollados, sino que fundamentalmente demuestra que un país no debería preocuparse por el aumento en la productividad con que se fabrican los bienes que importa: contrariamente, los habitantes de este país gozarán de las bondades provistas por términos de intercambio más favorables. Sin embargo, este efecto puede ser adverso si mejora la productividad con que se fabrican bienes que compiten con las exportaciones del país, pues en ese caso el *shock* de términos de intercambio podría ser desfavorable.

¿Cómo entonces explica Krugman las transformaciones acontecidas en la industria manufacturera de los países desarrollados, es decir, la caída en el empleo industrial y el aumento en la desigualdad salarial en contra de los obreros que tanto preocupa a los

"internacionalistas"? De acuerdo con él y concentrándose en Estados Unidos, las fuentes del cambio en el sector industrial habrá que encontrarlas en los propios patrones internos de producción y consumo. En lo que respecta a los primeros, Krugman destaca, para sorpresa de los "internacionalistas", el notable y sostenido aumento de la productividad manufacturera de Estados Unidos, la cual, basada en innovaciones tecnológicas, ha permitido, además de una caída en los precios relativos de los productos fabriles, que el aparato económico del país pueda prescindir de trabajadores en el sector. Paralelamente, Krugman nota que los patrones de consumo norteamericanos se han alterado durante las últimas décadas en detrimento de la agricultura y la manufactura, y por tanto en beneficio de los servicios. Se trata de un hecho estilizado que cuenta con una base conceptual sólida. En efecto, como bien lo destaca el historiador Rondo Cameron, subyace a esta tendencia una especie de Ley de Engel extendida, por medio de la cual a medida que aumenta el ingreso, el consumo se traslada, en términos relativos, primero desde la agricultura hacia la manufactura y, posteriormente, desde esta última hacia los servicios¹. En síntesis, el resultado neto de una caída en el porcentaje del PBI que se gasta en la adquisición de bienes manufacturados, explica perfectamente la discutible "tragedia" del sector fabril.

¿Es posible concluir, a partir de este tipo de exoneración de responsabilidad, que Krugman demanda para el comercio internacional que las industrias de un país deben ser dejadas a competir libremente con el exterior, en función de las ventajas comparativas naturales? Del libro se desprende que no necesariamente, cuando el autor deja por un momento el debate con los "internacionalistas" para retomar sus ideas acerca de los patrones del comercio mundial. Precisamente, y tomando distancia de la teoría clásica del comercio que acaba de defender, Krugman advierte que algunos patrones de comercio internacional no corresponden con ventajas comparativas naturales, sino que responden al desarrollo de ventajas a partir de accidentes históricos que permiten una especialización inicial en la producción de ciertos bienes o servicios. En general, en los casos en que la especialización permita adquirir o mejorar ventajas comparativas², la protección temporal de un mercado, argumenta Krugman, no será una idea descabellada, independientemente de que en la práctica su viabilidad dependa en realidad de muchos otros factores, como bien lo admite el autor.

1. Véase Cameron, Rondo, *Historia económica mundial*, Madrid: Alianza Editorial, 2000, p. 43.

2. Tanto en este libro como en su *Geografía y comercio*, Krugman rinde tributo al gran Marshall, al concederle la formulación de las tres fuentes de generación de ventajas a partir de la especialización. De acuerdo con el célebre economista inglés, estas son la posibilidad de incentivar la innovación tecnológica, el fomento de una amplia oferta de trabajo calificado para la industria en cuestión y la conformación de una extensa base de proveedores que traiga consigo provechosas economías de escala. Véase al respecto, Krugman, Paul, *Geografía y comercio*, Barcelona: Antoni Bosch editor, 1992, pp. 42-44.

Sin embargo, y para deleite del lector, sea este especializado o no, el libro no se contenta con exponer estas lecciones de economía internacional básica para desenmascarar las falacias y deficiencias de los "internacionalistas". De hecho, a medida que se avanza en los capítulos (el nivel de dificultad es ascendente, de manera intencional), se constata que el libro tiene horizontes más amplios. Para comenzar, Krugman pone la querrela contra los "internacionalistas" en perspectiva histórica de manera brillante, al destacar que estas modas de pensamiento atractivo, pero contaminado por el error, son reiterativas y que precisamente por eso no son novedosas (de hecho, detecta cuatro grandes modas de lo que él denomina "saber convencional" durante el siglo XX). Por supuesto que su intento por explicar por qué gente como la que acude al Foro de Davos cree con tanta fe en nociones sumamente cuestionables resulta delicioso. Sin embargo, resulta de mayor trascendencia su afirmación que el "internacionalismo moderno" es contemporáneo a otra doctrina de moda que imperó en el mundo durante los noventa y que, contando todavía con numerosos adherentes, sostiene que la prosperidad de los países resulta de una receta que combina el mercado libre con la moneda sólida. Análogamente a su reflexión en torno del "internacionalismo", el autor vuelve a manifestar su preocupación por la fe depositada por las autoridades económicas domésticas y funcionarios de organismos internacionales en esta fórmula, que de ninguna manera trae consigo la garantía del éxito. Incluso en este punto, Krugman va más lejos para advertir que lo peor de quienes han guiado sus políticas económicas sobre la base de este paradigma, no ha sido tanto su fe ciega en ella como la manera en que lo han descartado cuando los resultados han sido negativos. En efecto, y he ahí el peligroso vínculo con las voces erradas del "internacionalismo" que ofrecen recomendaciones contraproducentes, muchos gestores de política, como lo relata el autor en una conferencia dictada en México, optaron, ante la inminencia de una crisis macroeconómica, por descartar inicialmente el elemento de mercado libre de la "fórmula", elevando de manera infructuosa las barreras proteccionistas, cuando en realidad lo que necesitaban era precisamente deshacerse del otro ingrediente, es decir, devaluar su moneda.

Ejemplos adicionales de los aludidos horizontes amplios del autor se encuentran también en las eruditas páginas que dedica a la reflexión entorno de cuestiones fundamentales para la comprensión del crecimiento y el desarrollo económico. Como parte de este esfuerzo revela, empleando estadística laboral, que la mayoría de las nuevas innovaciones tecnológicas de Estados Unidos, como aquellas provenientes de la revolución informática, son, en particular porque no siempre es así, intensivas en capital humano, arrojando de esta manera claves para comprender la orientación de la desigualdad de ingresos que favorece a los más educados. Así también, en un capítulo dedicado al "milagro asiático", demuestra que no hay ningún misterio en él y que, como en el caso de la Unión Soviética, al ser fundado en la "transpiración" antes que en la "inspiración", es admirable en las

sociedades que lo experimentaron, no tanto por el empleo eficiente de los recursos, sino más bien por su capacidad para movilizarlos. El libro en última instancia concluye con un capítulo en el que Krugman, discutiendo acerca de los determinantes de la localización de ciertas actividades económicas, explica de qué manera la mayoría de los habitantes de una ciudad como Los Ángeles se dedica precisamente a aquellas actividades en las que no son tan productivos.

Finalmente, quien lea o haya leído el libro sabe que esta reseña no exagera cuando destaca la erudición desplegada por Krugman en sus páginas. De hecho, reconociendo su excelencia como economista, candidato seguro al Premio Nóbel, se hace más llevadero el asombro que resulta de constatar que en la conferencia dictada en México en 1993, e incluida en el libro, el autor anticipa la devaluación del peso que acontecería a fines del año siguiente. Y qué decir de sus premoniciones acerca del advenimiento de la crisis asiática, plasmadas en su capítulo acerca del mito del "milagro asiático". Al respecto, considérese que el libro fue impreso en inglés, por primera vez, en 1996.